

Santiago, 13 de junio de 2011.

Señor  
Edmundo Pérez Yoma  
**Presente.**

Muy estimado Edmundo:

Te agradezco sinceramente que hayas propuesto mi nombre –así lo supongo- para ser invitado al acto en La Moneda en que se rindió un merecido homenaje a tu padre con ocasión de cumplir 40 años de su cruel asesinato. Desgraciadamente desde La Moneda enviaron la invitación a la oficina de mi hermano Patricio y por el hecho de que su secretaria Orieta estaba con licencia médica en esos días -falleció su marido-, sólo supe de ella después del acto. Por esa razón te pido a tí y familia me disculpen por mi ausencia.

En estos días he recordado mucho a tu padre y también a tí con sincero cariño.

A tu padre lo conocí en forma más personal cuando él era Ministro y yo Diputado por el Cuarto Distrito de Santiago. Lo pude ver siempre como un hombre recto, justo, con una notable capacidad para actuar correcta y humanamente de acuerdo con valores profundos y sin el exagerado ideologismo que a veces caracteriza a algunos de los nuestros.

Tengo grabadas en forma nítida diversas vivencias sencillas sobre Edmundo relacionadas más bien con asuntos que pudiéramos llamar subalternos o sin connotación pública. Tu sabes que yo no he actuado jamás en los asuntos que pudiéramos llamar de alta política. Me impresionó, si, muy positivamente su idea –perdona si estoy equivocado- de que la D.C. pudiera entrar al Gobierno de Salvador Allende lo que podría haber conciliado cambios profundos con estabilidad democrática. ¿Influyó ello también en su asesinato, pensemos en Aldo Moro, en mi “hermano” Bernardo?.



Recuerdo que el día del crimen yo andaba por mi Distrito y me vine de inmediato a Santiago, rumbo al Hospital Militar, según recuerdo. En mi trayecto percibía días muy negros para el país. Ya no habrían espacios para la racionalidad. Era evidente que el asesinato no podría desligarse de odiosas campañas de satanización de personas lo que proyectaba responsabilidades que iban mucho más allá de los anónimos ejecutores materiales del crimen.

Recuerdo que al llegar al Hospital Militar me topé de frente con un Ministro del Gobierno de Allende. Estuve a punto de decirle una pachotada. Pero por suerte no lo hice pues la lucha por la paz debía continuar, tal como se desprende de tus emotivas palabras que leí en El Mercurio del jueves recién pasado.


Me parece que esa misma noche o al día siguiente hubo una sesión extraordinaria de la Cámara de Diputados y hubo un momento en que yo sentí la necesidad de hablar, dirigirme en forma casi directa y humana al Ministro del Interior del cual había sido amigo desde los tiempos de estudiante. Había que expresarle sinceramente que el asesinato era una triste consecuencia de una campaña previa, tolerada por el gobierno, que convertía a seres humanos buenos y pacíficos en personas despreciables. Me pareció percibir cierta comprensión del Ministro (algo se me confidenció después también) pero tristemente ya se habían desatado fuerzas oscuras que conducían casi inexorablemente hacia el abismo. Hasta hoy pienso que pudimos evitarlo.

He pensado también, Edmundo en nuestro Partido. El de tu padre, el tuyo, el mío. ¿Qué dramática deshumanización se ha producido entre nosotros hasta el extremo que sea un Presidente de Derecha y no la D.C. el que convoque a un homenaje a un hombre con los merecimientos de tu padre, persona que en nombre de nuestros ideales abandonó sus empresas para servir a su país?. ¿Cómo no ligar estos hechos, también con apenas 30 personas despidiendo hace algunas semanas atrás a Anita Fresno de Leighon después de 35 años de dolores intensos producto igualmente de la fidelidad a nuestros ideales?



Pero todo ello es otro asunto.

Recibe tú y tu familia el cariño de Mónica y míos.  
Un gran abrazo de tu amigo.



Andrés Aylwin Azócar